

Aquellos ojos...

UNA vez más entro en la sala de juego. Experimento una sensación extraña. Siento aquellos ojos nuevamente clavados en mí: delatores.

Me muevo torpemente, acercándome a las mesas sólo por hacer algo, creyendo que así no llamo la atención. Nada veo. Todo da vueltas a mi alrededor. Y detrás de mí, esa inquisitiva mirada...

Luis, que está sentado a la mesa, junto a la cual estoy parado, quédase mirándome perplejo y—mi semblante debió traicionarme—me pregunta:

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

—¡No!—le contesto de mal talante—. Pero queriendo rectificar dígame seguido:

—¿Por qué lo dices?

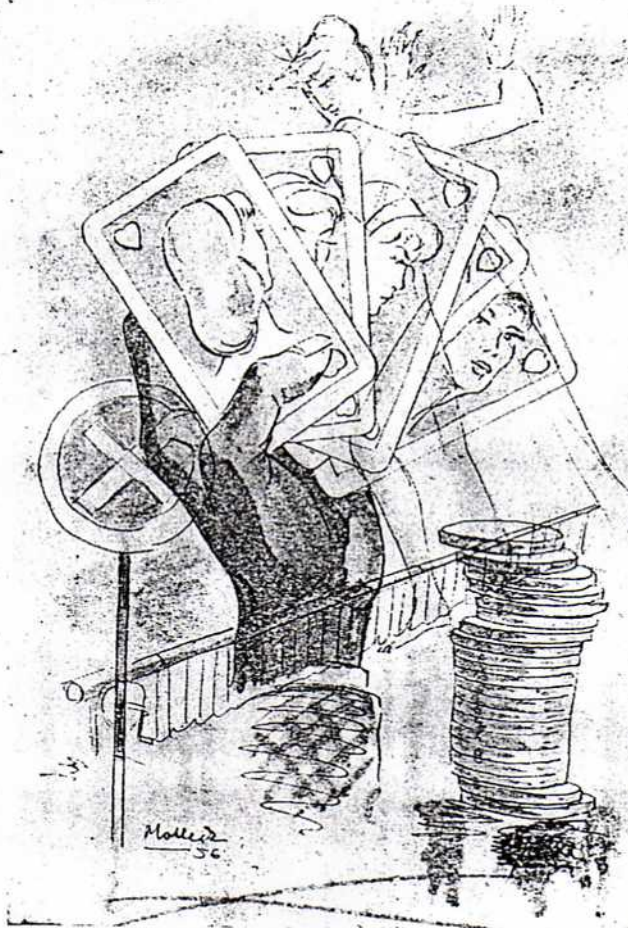
—Por nada... No sé...—y continúa jugando un poco estupefacto y cariacontecido.

Yo sigo allí queriendo simular —no creo lo consiga— que me intereso en el juego. ¡Pero qué lejos estoy de todo esto!

Pienso sobre qué me impulsó a volver después de lo ocurrido. ¡No puedo explicármelo! Y el caso es que aquí estoy de nuevo y vuelto de espaldas al único motivo de mi desasosiego, al único motivo de mi regreso.

¡Sí; es verdad! He vuelto, pero dispuesto a hablarle. Y ahora..., ¿qué me ocurre? ¡No me atrevo!

Antes de entrar, por el camino, ¡cuántos alientos me



daba a mi mismo! Y ahora... Desearía decirle qué mal viento la trajo y ¡por qué vino!, y ¡por qué se complace en atormentarme de ese modo...! Pero sólo consigo temblar. Temblar como un delincuente cobarde que se ve cogido en su propia trampa...

A ver... ¿Cómo ocurrió todo? Empecemos desde el principio:

Yo estaba sentado precisamente en esa silla que ahora ocupa ella, creo. Llevé muchas horas clavado al asiento, pegado a él. Jugaba póker. Y ¡ganaba! ¡ganaba! Estaba sereno como nunca. Parecía como si aquella fu

...

ra mi vida y aquel mi ambiente. Y lo que más me complacía era contemplar los rostros demacrados y casi purulentos de mis compañeros de juego. Sus angustiosos sobresaltos denunciaban sus jugadas; y a sus desesperadas subidas, acariciando el desquite, les respondía superándolas; y pronto veía transformarse su contento en mortales escalofríos, pues yo siempre, indefectiblemente, levantaba la jugada más alta.

Cómo me satisfacía verles removerse la hiel en sus entrañas y cómo les engañaba y hacía abandonar sus posturas siendo la mía más baja. ¡Qué morboso deleite me producía verles horripilarse los cabellos cuando perdían fuertes sumas!

Así... hasta que una vez alcé la vista del tapete amarillo y tropecé con dos ojos que me miraban hostiles y desafiantes. Todo iba bien; pero aquellos ojos, a los que no debí hacer caso, se acercaban más y más y quedaron quietos frente a mí, a corta distancia. ¡No pude soportarlo! ¿Dónde fué a parar mi sangre fría?

A partir de aquello perdí. Y no sólo perdía, sino que un convulsivo malestar se fué apoderando de mí. Un sudor frío me corría por todo el cuerpo, y sentí como si me fuesen quitando pedazos de mi carne, pedazos de mis huesos, pedazos de la medu-

la de mis huesos... ¡temblaba! Con trémulas manos contaba el dinero, ¡el dinero! El mismo que poco antes se apiñaba ante mí, que iba desapareciendo, y sentía el dolor en mis carnes, en mis huesos y hasta en la médula; un dolor horrible que me destruía.

Y mis manos, cada vez más trémulas, dieron después las cartas y nuevamente perdí...

Y así... ¡siempre igual! Perder..., sufrir y perder, mientras esa mirada retadora del principio se iba haciendo más humana y cobrando cuerpo. Un cuerpo de bellas formas y unos ojos... ya no hostiles; unos ojos apacibles y serenos vieron mi agonía sentado a la mesa. ¡Perder..., perder...! Sólo para eso me miraban aquellos ojos... ¡Y lo conseguieron! Perdí todo..., ¡todo! Perdí y quedé vacío.

Permanecí un rato en mi sitio enfrente de esa mirada, como enajenado. Sentía el delirio de unas fiebres que se apoderaban de mí.

De pronto, violento, me levanté y salí fuera casi corriendo. Debería estar muy pálido y ojoso... ¡Qué angustia tan terrible llevaba dentro!

Ya en la calle, costóme algún trabajo serenarme. Pero aun temblaba. Aquello había sido tan rápido... Sí, tan

rápido... Sobre todo ¡tan imprevisto! ¡Tan diabólico!

...

Y otra vez estoy aquí ¿Por qué he vuelto? ¡No tengo dinero! Pero aquí estoy yo temblando.

Aquella mirada, culpable de todo, sigue atormentándome. Y aquellos ojos ¿deberán ser de alguien?

¿Quién será? ¿Por qué no habla con nadie? ¿Y qué es lo que hace?

Sólo mirar; mirarme con sus ojos... ¿Cómo son sus ojos?—pienso rápidamente—Es verdad, ¿cómo son sus ojos? ¿De qué color? Quiero recordarlos, pero me es imposible.

¡Bah!, no importa; detente de mí está y sólo con verme...

Deberán ser negros; unos negros y hermosísimos ojos o quizá... no son tan negros ni tan hermosos. Puede que sean verdes, o... unos ojos vulgares, o... hasta feos.

No puedo soportar más tiempo estas dudas. Además siento unas ansias enormes de contemplar el cuerpo tan funesto para mí. Me vuelvo y... sólo veo mesas vacías.

Nadie hay detrás de mí. Ningún ser que justifique mi azoramiento. Aquellos ojos y aquel cuerpo no existen; existieron nada más que en mi mente.

José D. BOLIVAR



Año IX.—Núms. 98-99-100

REDACCION
AMANTEL, 40. TELEF. 48-14-05

Madrid, agosto, septiembre y octubre

año 1956